
CAPITULO I.

CARACTÉRES ESENCIALES DE LA REVOLUCION.

§ I.—La Revolucion y los hombres del pasado.

I.

¿Qué es la Revolucion? Hace cerca de un siglo que la Europa, espantada, se hace esta pregunta, y las respuestas siguen siendo contradictorias, segun las pasiones y las preocupaciones de los hombres. Esto mismo sucede con todos los grandes movimientos que abren una nueva era de la humanidad. Al cabo de mil novecientos años de cristianismo, aún se pregunta qué es la religion de Cristo; las respuestas son totalmente diferentes, segun que hable un cristiano ó un filósofo; ¿qué digo? los discípulos de Jesucristo no se entienden entre sí; el católico se halla tan distante del protestante como el creyente del libre pensador. ¿Puede causar, pues, extrañeza que la Revolucion de 1789 se encuentre aún en el estado de problema? Ha trastornado la sociedad hasta sus cimientos; ha destruido los cuerpos privilegiados del antiguo régimen; ha trasformado el poder real, aniquilado la nobleza, puesto fin al poder del clero, y amenazado hasta la fe de Cristo. No solamente ha atacado las ideas, sino que ha herido profundamente á los intereses, y los intereses no perdonan. De aquí el odio inmortal con que los partidarios de lo pasado persiguen á la Revolucion. Los más encarnizados en su aversion son las gentes de Iglesia. Escuchemos á uno de esos hombres que se llaman discípulos del *doc-*

tor de humildad, á la vez que se hacen dar el título de monseñor, y que hablan como si fueran órganos de la verdad eterna.

La Revolucion, segun monseñor de Ségur, es el espíritu del mal, el mal elevado á su más alta potencia, el mal en carne y hueso, Satanas en persona (1). Se disputa por saber de dónde procede el gran movimiento de 1789, que arrastra á la Francia y al mundo entero. Es un misterio de iniquidad, dice el prelado ultramontano, que los revolucionarios no pueden comprender, porque no tienen fe. Monseñor, que tiene fe, va á revelarnos el secreto. Basta con remontarse hasta el padre de la rebelion, el que repite y repetirá hasta la consumacion de los siglos: *Yo no obedeceré.* «Sí, Satanas es el padre de la Revolucion. La Revolucion es obra suya, que comenzó en el cielo, y se perpetúa en la humanidad á través de las edades.» Hé aquí la genealogía; no hay otra más segura. El paganismo, que es la encarnacion de Satanas, engendró el Renacimiento; el Renacimiento engendró á Lutero y á Calvino; la Reforma engendró á Voltaire y á Rousseau, los cuales propagaron en Francia el poder de su padre y engendraron á su vez la Revolucion. Luégo la Revolucion descende en línea recta del diablo (2).

Los escritores católicos tienen un método admirable para simplificar la historia. Nosotros, los laicos, que no tenemos fe, recogemos testimonios, nos tomamos un trabajo inaudito para comprobar los hechos, ¿y qué sacamos en limpio? Tinieblas. Monseñor Ségur, que tiene fe, pronuncia una palabra, rayo de la verdad divina, y súbitamente aparece la luz en medio del caos. La Revolucion es hija de Satanas. El que conoce al padre, conoce á la hija. Nosotros preguntamos: ¿qué es la Revolucion? Un ilustre obispo, dice monseñor Ségur, responderá por él: «La Revolucion es la insurreccion más sacrilega que ha armado á la tierra contra el cielo, el esfuerzo más grande que ha hecho jamas el hombre, no solamente para separarse de Dios, sino para ponerse en su lugar.» Esto es un poco oscuro; no se comprende bien cómo la Asamblea Constituyente, que ha proclamado la Declaracion de los derechos

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolucion*, 5.^a edic., autorizada para la Bélgica.—Gante, 1862.

(2) IDEM, *ibid.*, p. 13 y sig.

en presencia del Sér Supremo, ha intentado *reemplazar* al Sér Supremo; ni cómo la Convencion, al reconocer la existencia de Dios, ha pretendido *ponerse en su lugar*. Monseñor Ségur aclarará este misterio. ¿No ha declarado la Revolucion la independencía de la Iglesia y del Estado? ¿No ha usurpado la soberanía espiritual? Y no es la Iglesia la esposa de Jesucristo? El esposo y la esposa ¿no son una sola y misma alma? Pretender que el Estado es independiente de la Iglesia, es, por consiguiente, decir que es independiente de Dios, y por lo tanto, que reemplaza á Dios. Lo cual da por resultado la destruccion de la sociedad. En efecto, esa abstraccion que los revolucionarios llaman el *Estado*, quita á los hombres los derechos que han recibido de Dios, derechos de familia y de propiedad. Es el socialismo, última palabra de la Revolucion, y que, si se realizara, sería el reinado completo de Satanas en el mundo (1).

Esta es la luz maravillosa que el Espíritu de las tinieblas derrama sobre la historia. Basta con esta verdad tan luminosa formulada por monseñor Ségur: «La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca de dos jefes de ejército; de una parte, Cristo con su santa Iglesia; de otra, Satanas con todos los hombres que pervierte y que recluta bajo la bandera maldita de la rebelion.» Conocido el general, quedan conocidos los soldados. Si la Revolucion es el mal por esencia, preciso es decir que es el mayor de los crímenes; y ¿qué hemos de pensar en este caso de los hombres de 1789 y 1793? Un libelista católico nos dirá la idea que el mundo ortodoxo se forma de los revolucionarios. Entrad en un presidio y tendréis la imágen exacta de los constituyentes y de los convencionales, porque la misma reprobacion alcanza á todos. Escuchemos á M. Veuillot: «Había un Senado de *bandidos* y de *asesinos*. Aquellas *fieras* eran casi tan ridículas como *execrables*. *Ladrones*, lacayos, apóstatas, *villanos*; en aquel *conjunto inmund*, un grupo de pretenciosos escritores ó pensadores orgullosos y necios, cobardes *instigadores* ó *cómplices* cobardes de todas las *atrocidades*; hé aquí el enemigo. Aquel enemigo, con el pié sobre la cabeza del

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolucion*, p. 17, 10.

vencido y la *mano en sus bolsillos* aplastaba la religión, el poder real y la sociedad entera» (1).

En boca del famoso libelista estos sentimientos tienen aún cierta energía de invectiva. Para formarnos idea de la estupidez humana, debemos oír cómo juzgan á los gigantes de la Revolución los abates en su lenguaje de seminario. El cura Delbos ha escrito la historia de la *Iglesia de Francia, desde la convocacion de los Estados generales hasta la caída del Directorio* (2). Compara los Estados generales con un volcan: «á las llamas del lujo y de la magnificencia tenía que suceder un torrente de azufre y de betun.» (3). Pase por el azufre y el betun; al ménos esto recuerda el infierno; pero ¿qué tienen que ver con esto las llamas del lujo y de la magnificencia? Preferimos las usurpaciones de la Constituyente, el fanjo de la Legislativa, la sangre de la Convencion y las infamias del Directorio (4). Una mezcla de sangre y de fango, sazónada con infamias, es como una anticipación del reino de Satanás. Ahora bien; en la historia, tal como la comprenden los escritores católicos, el infierno sigue desempeñando el principal papel: *El diablo en persona*, dice el sacerdote Delbos, reina en Francia durante la Revolución; él hace resonar las ciudades y los campos con las aclamaciones á la libertad y á la igualdad» (5). De suerte, que tanto los principios de 1789, como los crímenes de 1793, son debidos á Satanás.

II.

¿Habrá necesidad de responder á tan increíbles tonterías? Daríamos á nuestra vez pruebas de demasiado inocentes si tuviéramos la pretension de convencer de su ceguedad á los ortodoxos.

¡Destruyase en el hombre el órgano de la vision, y trátese despues de hacerle contemplar los esplendores del sol! ¡O háblese ante

(1) *Misceláneas religiosas, históricas, políticas y literarias* por LUIS VEUILLLOT, redactor en jefe de *l'Univers*, t. I, p. 92.

(2) La segunda edición que tenemos á la vista es de 1853.

(3) DELBOS, sacerdote, *La Iglesia de Francia*, t. I, p. 246.

(4) IDEM, *ibid.*, t. I, p. 23.

(5) IDEM, *ibid.*, t. I, p. 185.

un hombre completamente sordo, y trátese de hacerle admirar la majestad de Bossuet, la armonía de Fenelon, el fuego de Rousseau! Pues es lo mismo que dirigirse á la razon de los ortodoxos. Han abdicado para siempre el más bello dón del Creador; solamente Dios puede devolverles la vida intelectual y moral que han matado mediante el más culpable de los suicidios. Si hacemos notar sus aberraciones, es porque nos han de servir para apreciar el gran movimiento de 1789: los clamores de rabia de los hombres del pasado revelan la verdadera tendencia de una revolución que abre una era nueva en la historia.

Sí; en la tierra hay combate entre el mal y el bien; pero el hombre no conoce nunca el bien absoluto, como no es nunca víctima del mal absoluto. Sér imperfecto, tiene que luchar contra sus imperfecciones; tiene que conquistar sus derechos; tiene que buscar la verdad con el sudor de su rostro, sin que pueda esperar descubrir nunca la verdad entera, sin que pueda aspirar á disfrutar de la plenitud de sus derechos, sin que pueda alcanzar la perfección. Pero si es imperfecto, también es perfectible; basta para satisfacer su sed de verdad y de felicidad que tenga la conciencia de realizar incesantemente un progreso en el camino de su perfeccionamiento.

En esta marcha laboriosa hácia el término de sus destinos, el hombre encuentra un adversario que quiere persuadirle de que la verdad que va buscando está ya descubierta; que la felicidad á que aspira está á su disposición; que no tiene que hacer más que someterse á la Iglesia, y que esta santa madre lo guiará hácia el puerto, de la misma manera que un pastor vigilante conduce al aprisco su rebaño. Durante siglos, la humanidad ha escuchado á este guía, que pretendía ser infalible; ha seguido sus consejos con la docilidad de un niño. Pero el niño ha crecido, y al hacerse hombre, ha echado de ver que la santa Iglesia, que se llamaba su madre, que pretendía hallarse en posesion de la verdad divina, no se proponía más que perpetuar la infancia de su pupilo, á fin de eternizar su dominacion. Desde aquel momento la humanidad sacudió el yugo que se le quería imponer en nombre de Dios; reclamó su libertad, y se puso á trabajar directamente en su perfeccionamiento. Vía dolorosa y llena de angustias, pero vía de salud

y la única eficaz, puesto que el destino del hombre es desarrollar las facultades que Dios le ha dado, lo cual no puede hacer más que mediante su actividad propia y bajo su responsabilidad. La Iglesia calificó de rebelion estas pretensiones; para sofocar la insurreccion de la razon contra la autoridad, buscó aliados en los reyes, tan interesados como ella en reprimir todo movimiento de independencia. Abrióse una nueva lucha. Los hombres echaron de ver que para ejercitar sus facultades necesitaban libertad; la reivindicaron como un derecho natural, puesto que era un medio de cumplir un deber. Persuadidos de que su libertad sería irrisoria miéntras no estuviese asegurada por instituciones políticas, reclamaron garantías. El poder real y la Iglesia les opusieron una resistencia obstinada; trataron de contener la marea dentro de los antiguos diques. ¡Vanos esfuerzos! La ola pasó por encima y derribó los diques juntamente con los que los habian levantado. Hé aquí la Revolucion, su necesidad y su legitimidad.

¿A qué viene, pues, el decirnos ahora que la Revolucion francesa es satánica en su principio? (1). Satanás no es más que una ficcion horrible como tipo del mal. Y si por el espíritu de rebelion se quiere condenar la insurreccion del espíritu humano contra autoridades consideradas como sagradas, la Iglesia y el poder real, en este caso hay que rehabilitar á Satanás, y nosotros lo aceptamos como el primer precursor de la Revolucion. Solamente Dios es el bien absoluto; los hombres que se llaman órganos suyos son usurpadores; y contra el usurpador la insurreccion es más que un derecho, es un deber. ¡Cosa notable! Es tal el poder del espíritu revolucionario, en lo que tiene de legítimo, que arrastra hasta á los enemigos de la Revolucion. El conde de Maistre, despues de haber llamado *satánica* á la Revolucion, reconoce que es una gran época, una era nueva, que ha de realizar no sé qué gran unidad, hácia la cual nos encaminamos á grandes pasos (2). Se burla del cosmopolitismo de los legisladores revolucionarios, y de su pretension de hacer constituciones aplicables á todos los hom-

(1) DE MAISTRE, *Cartas y Opúsculos*, t. I, p. 293.

(2) IDEM, *Consideraciones sobre la Francia*, c. II.—*Veladas de San Petersburgo*, XI conferencia.

bres, á todos los tiempos y á todos los lugares (1); y más adelante confiesa que las consecuencias de la Revolucion, en todo género, se han de hacer sentir mucho tiempo despues de su explosion y más allá de los límites de su hogar (2). En fin, cree que la Revolucion será el instrumento providencial de una regeneracion de la humanidad.

¡De suerte que Satanás va á regenerar el mundo, al ménos como ministro de Dios! ¡Singular ayudante ha buscado la Divinidad!

¿No será tal vez este Satanás el Espíritu divino? No creemos ya, como el Evangelio, que el diablo sea el príncipe del mundo; la creencia de la humanidad moderna es que la Providencia divina dirige nuestros destinos. La accion de Dios se manifiesta lo mismo en las tempestades y temblores de tierra que en el curso regular de las estaciones y en la influencia benéfica de los elementos. Esto significa que las revoluciones proceden de Dios. Si son un bien, y á la vez un origen de males, esto consiste en que el hombre no avanza hácia el término de su destino sino por medio de sufrimientos. Y si ha de sufrir, consiste en que es imperfecto, y por consiguiente culpable. Pero la expiacion que Dios le impone es tambien un instrumento de educacion. Los dolores de la humanidad no son nunca estériles; son como un parto continuo. Tal fué la Revolucion. Ha dado á luz un mundo nuevo.

§ II.—La Revolucion y los hombres del porvenir.

I.

La Revolucion ha tenido por contemporáneos, por testigos, hombres de gran capacidad; ¿qué pensaron éstos de un acontecimiento que desbarataba sus ideas y el mundo? La primera impresion, y ésta es la mejor, fué un entusiasmo casi universal. Interrogaremos de preferencia á los extranjeros, poetas, historiadores,

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones sobre la Francia*, c. VII.

(2) IDEM, *ibid.*, c. II.